**Congreso Nacional Misionero de Colombia**

**“*Somos Iglesia colombiana, en salida misionera*”**

**S.E.R. CARD. FERNANDO FILONI**

**Tema: «*Conciencia y responsabilidad misionera de las Iglesias particulares*».**

**Colombia – Bucaramanga, 26 - 29 mayo 2016**

**Queridos hermanos y hermanas:**

El lema escogido para este XII Congreso: “***Somos Iglesia colombiana, en salida misionera***”, me gusta mucho y es muy significativo. Y esto me permite manifestarles toda mi alegría y gratitud por estar aquí con ustedes. Es un momento importante también para mí, como Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y como colaborador del Santo Padre, quien les envía su saludo y bendición.

Permítanme que dirija, en primer lugar, un fraterno y grato saludo a Su Excelencia Monseñor Ismael Rueda Sierra, Arzobispo Metropolitano de Bucaramanga, al Eminentísimo Cardenal Su Eminencia Rubén Salazar Gómez, al Excelentísimo Nuncio Apostólico, Ettore Balestrero, y a los Excelentísimos Prelados aquí presentes, así como a todos ustedes: sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos, que vienen de todas partes de Colombia. Les hago llegar a cada uno de ustedes mis sentimientos de afecto, de estima y de aprecio, en particular a aquellos que generosamente han preparado este Encuentro y están trabajando por el éxito del mismo.

**\* \* \***

1. **El Evangelio de Mc 6, 30-34**: El Evangelista Marcos describirá en breve la primera multiplicación de los panes y nos cuenta que los apóstoles se habían reunido en torno a Jesús y le habían contado cómo habían desempeñado la misión que les había encomendado, mandándolos a los pueblos cercanos a Cafarnaún. Estaban cansados y también afanados, por esto los quiso llevar a un lugar aparte, solamente para ellos, y, a causa del cansancio, usaron la barca para llegar a ese lugar solitario. Pero la gente, a la que le encantaba oír al Maestro, se dio cuenta y, a pie, llegó al punto escogido por Jesús. Había mucha gente y se acercaba la noche. Todos estaban hambrientos, pero había poco pan, poco dinero, estaban lejos de otros pueblos y las bocas que alimentar eran muchas. A este pasaje es al que me refiero. Queremos contemplar esta escena que estamos viviendo con los ojos de Jesús, quien, cruzándose con los de los apóstoles, los encuentra un tanto necesitados de un momento de paz y reflexión, y los llama aparte. De este pasaje evangélico, que tiene como visión el carácter misionero de la comunidad apostólica, deseo sacar algunos puntos de reflexión.
2. Antes que nada, la centralidad de la persona y de la misión de Jesús: “*Los apóstoles se reunieron en torno a Jesús*”. Este aspecto es fundamental en la motivación de todo apostolado y del compromiso de la Iglesia en el mundo.
3. La misión de los Apóstoles es sometida al juicio del Señor y al conocimiento de los otros condiscípulos, para que la predicación y la acción no sean realizadas en vano: “*Le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado*”. Este carácter de comunión, según ha dicho el Concilio Vaticano II, es fundamental en la eclesiología moderna, es decir, en una eclesiología de comunión.
4. En tercer lugar, el papel de la vida espiritual: Jesús llama a la oración, llevándose consigo a los discípulos “*aparte, a un lugar solitario*”. Sin una verdadera espiritualidad no hay verdadera misión, sino un activismo privado de visión futura.
5. En este pasaje del Evangelio percibimos la reacción de la gente atraída por la predicación y por el Maestro, que era distinto a los demás maestros: “*Fueron allá corriendo, a pie, de todas las ciudades y llegaron antes que ellos*”.
6. Por último, tengamos en cuenta la significativa reflexión ante la multitud que buscaba a Jesús: “*Estaban como ovejas que no tienen pastor*”.
7. **Papa Francisco, la Iglesia en salida misionera**: El Papa Francisco es el primer papa latinoamericano. Por lo tanto, no podemos no reflexionar brevemente sobre tal evento, que toca, no solo a la Iglesia particular de Roma de la cual él es obispo, sino a toda la Iglesia, como Pastor universal, y al mundo entero. Pero pienso que toca de forma particular al continente americano y latinoamericano del que él proviene, por cultura, por formación y por experiencia pastoral. El nuevo modo de situarse como Pastor y Padre, con su característico VER, JUZGAR y ACTUAR, es decir, el relacionarse con las personas, el colocarse entre los problemas de la Iglesia y del mundo, son su estilo de vida. Sus gestos humanos y sacerdotales suscitan atención, tocan los corazones, sacuden no pocas conciencias y contagian a muchos pastores. Es un estilo ya indicado en la Conferencia de Aparecida, que señaló en el “*discipulado misionero*” el modo de ser Iglesia en la sociedad, para que los pueblos latinoamericanos, y no solo ellos, tengan vida plena. Quiero subrayar que, desde los primeros momentos de su Pontificado, el Papa Francisco ha hablado de la misión y del testimonio incluso heroico, que a veces llega al martirio. Una Iglesia en salida misionera donde todo cristiano y toda comunidad, están llamados *salir de la propia comodidad y tener el valor de llegar a todas las periferias que tienen necesidad de la luz del Evangelio* (*EG* 20). Una Iglesia que tiene como *misión anunciar la misericordia de Dios, el corazón que late en el Evangelio, a través del cual debe alcanzar el corazón y la mente de cada persona* (*MV* 12). Una Iglesia al servicio de las periferias existenciales, de los pobres y de la sociedad. Una Iglesia que sabe ser compasiva, tierna, comunitaria y fraterna.
8. **La centralidad en la misión** –lo sabemos bien– le corresponde a Cristo, el Señor, que camina en medio de nosotros, que reza al Padre y nos envía al Espíritu Santo. Es por ello que el mensaje misionero y el testimonio de quien lo lleva suscitan en quien lo escucha y lo acoge, alegría y deseos de participar para salir de sí mismo, de hacerse don de aquello que él, a su vez, ha recibido, asumiendo también nuestra responsabilidad e integrándose en los dramas de las personas de nuestro tiempo: podemos pensar en los dramas de la desocupación, de la miseria, de la enfermedad, de la esclavitud de la droga, de las migraciones por problemas de pobreza o persecución, de la división en las familias, de la invalidez física, de las depresiones psíquicas, de las víctimas de la violencia, de los encarcelados, de los discriminados por su condición étnica o racial, de las minorías, de las víctimas de la ignorancia. Frente a una misión tan inmensa, nos preguntamos si somos capaces de acoger el reto que el Papa propone, es más, que lanza, partiendo precisamente del misterio de Cristo, pobre y sufriente.
9. ***Evangelii Gaudium***. El Santo Padre, en la mencionada Exhortación Apostólica, afirma lo siguiente: *«La evangelización obedece al mandato misionero de Jesús:* “*Id y haced que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he mandado*” *(Mt 28,19-20). […] Hoy, en este* “*id*” *de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva* “*salida*” *misionera».* (*nn*. 19-20). Quiero retomar ahora ese mandato apostólico que debe ser renovado en nosotros. Por tanto, “*todos estamos llamados a esta nueva “salida” misionera*»” (*Ib*.), asumiendo el compromiso de ser “*discípulos misioneros que toman la iniciativa, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan*” (*Ib.* 24). Por esto, el Papa Francisco, en el mismo documento, nos invita a “*salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio*” (*Ib.* 20), a quienes les falta el rostro de Cristo Redentor. Por esta razón, el Pontífice pone como centro del mensaje misionero de la Iglesia a Cristo Redentor, de manera que el corazón de todo misionero, como el de los discípulos de Emaús o el de María Magdalena o el de Pedro, pueda latir con fuerza, y que el triste camino hacia la tumba de Jesús muerto se transforme en gozoso y veloz anuncio: “*Hemos visto al Señor vivo*” (*Mt*. 28, 8; Jn. 20,18; *Lc*. 24,35).
10. **Durante la última Visita *ad Limina Apostolorum*** **de los Pastores de Colombia**, el Papa Benedicto XVI, mostrando su aprecio por el compromiso misionero de los últimos años, hacía notar que “*Colombia no es ajena a las consecuencias del olvido de Dios. “Mientras años atrás –decía– era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a cuanto inspirado en ella, hoy no parece que sea así en vastos sectores de la sociedad, a causa de la crisis de valores espirituales y morales que incide negativamente en muchos de sus compatriotas*[[1]](#footnote-1)”, y sacude “*los cimientos mismos de la fe católica, del matrimonio, de la familia y de la moral cristiana*[[2]](#footnote-2)”. Como consecuencia, este Pontífice llamaba al compromiso en la misión de manera amplia y clara, insistiendo en los retos, como, por ejemplo, el “*creciente* *pluralismo religioso*”, que exige una seria consideración; “*la presencia cada vez más activa de comunidades pentecostales y evangélicas*”, porque parecen ser más atrayentes; la “*creciente secularización, que incide con fuerza sobre los estilos de vida y cambia la escala de valores de las personas, sacudiendo los cimientos mismos de la fe católica, del matrimonio, de la familia y de la moral cristiana*”.

Frente a estos desafíos, el Papa proponía un «*discipulado misionero*», que pone a Jesús en el centro, nutriendo las raíces de la fe, reforzando la esperanza y vigorizando el testimonio de caridad, y sigue proclamando la verdad integral sobre la familia, fundamentada en el matrimonio como Iglesia doméstica y santuario de la vida. De esto se sigue un discipulado misionero en todos los campos y hacia todas las periferias, sean existenciales o materiales. Creo que aquí se injerta bien el lema de este XII Congreso Nacional Misionero: **“*Somos Iglesia colombiana, en salida misionera*”**.

1. **A María, estrella de la evangelización, confiamos la obra misionera.** El Papa Francisco usa al respecto palabras muy significativas: “*A la Madre del Evangelio viviente le pedimos que interceda para que esta invitación a una nueva etapa evangelizadora sea acogida por toda la comunidad eclesial [...]Nosotros hoy fijamos en ella la mirada, para que nos ayude a anunciar a todos el mensaje de salvación, y para que los nuevos discípulos se conviertan en agentes evangelizadores. En esta peregrinación evangelizadora no faltan las etapas de aridez, ocultamiento, y hasta cierta fatiga, como la que vivió María en los años de Nazaret*” (*EG*, n. 287). Este es mi deseo para ustedes. En efecto, el objetivo y la orientación de la celebración de este Congreso, que se sitúa sobre la línea pastoral-misionera que ha caracterizado a Colombia en estas décadas, con el lanzamiento específico de la doble misión, *ad intra* y *ad extra.* Este Congreso Misionero, por lo tanto, quiere ponerse en la pista de la visión y la misión pastoral trazada por el Papa Francisco, el cual, con frecuencia, nos urge a la *conciencia* y a la *responsabilidad misionera de las Iglesias particulares*. No me propongo entrar en los detalles de los contenidos que serán objeto de este Congreso, preparado con una larga y capilar participación de muchas comunidades cristianas de Colombia. Este Congreso, puede decirse, es la etapa conclusiva, la síntesis del trabajo de animación y formación que las Iglesias locales han puesto en práctica durante estos años, y también el inicio de un nuevo y ulterior camino, un nuevo capítulo de su historia misionera.
2. **La misión *ad Gentes* ad intra**, en Colombia, es siempre necesaria, para que el pueblo de Dios se pueda renovar incesantemente en la fidelidad a la fe apostólica y en la apertura al Espíritu; además, nos responsabiliza también respecto a la misión *ad extra*, entendida como la obligación que todas las Iglesias particulares tienen respecto al anuncio del Evangelio en los lugares en los que este necesita ser re-anunciado, en aquellos a los que ha llegado recientemente o donde no se ha consolidado todavía (cfr. *RM* 33). En la invitación que me dirigieron para participar en este importante evento, se decía que el objetivo de este Congreso era el de “d*espertar, profundizar y madurar la conciencia y la acción misionera de nuestras Iglesias particulares, para que sus planes y procesos de evangelización respondan con mayor generosidad y eficacia a los desafíos de la misión ad gentes, que el mandato de Jesucristo y las urgencias del mundo nos plantean para la construcción del Reino de Dios*”. **La misión *ad Gentes ad extra****,* debe asimismo caracterizar este Congreso y proyectarlo hacia fuera de las propias fronteras para extender el Reino de Dios en regiones de mayoría no cristiana o que han perdido la fe. La *missio ad extra*, en efecto, es parte integrante de la vida de una Iglesia madura y solidaria –yo diría obligatoria– en nuestras Iglesias antiguas. Estos encuentros misioneros son un momento de gracia para nuestras Iglesias, que se sienten interpeladas a responder con generosidad a aquél mandamiento de Cristo de ir a todas las naciones y hacer discípulos de todos los pueblos, hasta los extremos de la Tierra. Al mismo tiempo, son puntos de partida y de referencia para la participación en la evangelización efectiva y en la animación misionera de nuestras comunidades, porque cada Congreso, en las reflexiones sobre la misión, en los trabajos de grupo sobre los grandes temas misioneros, en la oración, en la liturgia, en los símbolos, en las experiencias, testimonios y en el envío de misioneros, hace que las comunidades católicas se involucren, suscita y forma su conciencia misionera y proyecta las perspectivas y el camino para realizarlas. Estoy convencido de que este Congreso suscitará en las Iglesias particulares de Colombia y de América una gran pasión por la misión universal, convencidos como estamos, que la *missio ad Gentes*, y de manera particular aquella *ad extra*, es también el medio más eficaz para volver a dar vitalidad y entusiasmo a nuestras comunidades católicas. Efectivamente, esta misión conserva todavía una fuerza unificadora y propulsiva, porque proviene de Cristo resucitado que siempre envía a los discípulos y a la Iglesia a evangelizar.

**I. Conciencia Misionera de las Iglesias Particulares**

1. **La Iglesia es, por su naturaleza, misionera**, como enseña el Concilio Vaticano II (*AG* 2), está llamada a una misión sin límites temporales y hasta los extremos confines del mundo. Sin duda, el Decreto conciliar Ad gentes dio un fuerte fundamento teológico de carácter esencialmente misionero a la obra evangelizadora y de autoconciencia eclesial. La Iglesia local o particular, en efecto, al reproducir lo más perfectamente posible a la Iglesia universal, deberá tener “*la plena conciencia de haber sido enviada también a aquellos que no creen en Cristo y que viven en el mismo territorio, para servirles de orientación hacia Cristo con el testimonio de la vida de cada uno de los fieles y de toda la comunidad*” (*AG* 20). En la visión conciliar no son solamente los institutos misioneros los que tienen que ocuparse de la evangelización, expresión de la Iglesia Universal, sino al mismo tiempo las diócesis, o sea, aquellas Iglesias que ya han alcanzado el grado de subsistencia en orden al Evangelio, a la fe, a la gracia y a la administración. También la Iglesia local está, por tanto, llamada a la conversión misionera, es sujeto de la evangelización, en cuanto es manifestación concreta de la única Iglesia en un lugar del mundo; en ella, en efecto, *«verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica»* (Cfr. *EG* 30).

En realidad, se debe decir también que el ideal y la praxis de la misión, en estas últimas cinco décadas, o sea, desde el Concilio Vaticano II, han estado sujetos a un continuo proceso de transformación. La evangelización, más que todos los otros compromisos pastorales de la Iglesia, ha sufrido repercusiones importantes a causa de los cambios de los modelos culturales, de los cambios sociales y de los nuevos contextos eclesiales y tecnológicos. Ha sido una fatiga que a veces ha cuestionado la validez misma de la *missio ad Gentes*, y que ha obligado a la Iglesia a reflexionar sobre su existencia y sobre su actividad. En consecuencia, se ha puesto en cuestión la manera de ser Iglesia. Por esto es urgente y necesario volver a leer e interpretar todo el misterio cristiano, y volver a afirmar la centralidad y la unicidad de Cristo mediador y salvador. Es verdad, la Iglesia ha reconocido y respetado desde el principio cuanto de bueno tenían las culturas y religiones. Ya Eusebio de Cesarea, en el siglo IV, hablando de las culturas y las religiones no cristianas, decía que podían constituir una *praeperatio evangelica*, porque «*La Iglesia aprecia todo lo bueno y verdadero, que entre ellos se da, como preparación evangélica para acoger el Evangelio*»”[[3]](#footnote-3). Por lo que también, en el decreto conciliar *Nostra* *Aetae* 2, se insiste: «*La Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que, por más que discrepen en mucho de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres*». Aun así, una visión relativizadora de la salvación y la globalización de la fenomenología religiosa han hecho con frecuencia menos vinculante el compromiso de los fieles hacia la obra de la evangelización.

1. **Fe y *misión*** se encuentran hoy frente a un mundo obligado a medir y a afrontar los nuevos desafíos.Es una época post-ideológica ya vislumbrada por el Concilio Vaticano II, testimoniada por los análisis socioculturales y socioreligiosos que las Iglesias locales de todo el mundo han realizado, aunque con características no homogéneas. Consiguientemente, el paradigma tradicional de la evangelización no siempre se ha mostrado eficaz. En verdad, la evangelización es una misión *in fieri*, constantemente abierta a las indicaciones del Espíritu y al contexto histórico de los grupos humanos. Exige creatividad continua y, por eso, está sometida a una revisión de mentalidad, de metodología, para su renovación. Lo afirma la *Evangelii Nuntiandi*, cuando la indica como una actividad multiforme, dinámica, que se puede describir, pero de la que no se puede dar una definición. Consiguientemente, para ser eficaz, está llamada a revisar métodos y actividades, a ser creativa en las formas y en los criterios.
2. **Iglesia –** **Mundo:** se ha puesto de manifiesto, como nunca antes, la ruptura entre cultura y fe, sobre todo en las sociedades más secularizadas, propiciando a veces el rechazo de todo el pasado, hasta el punto de que los bautizados ya no consiguen integrar el mensaje cristiano en su vida de cada día. Nuestra generación se caracteriza así por una angustiosa búsqueda de sentido. Y la Iglesia se siente implicada de manera apasionada y solidaria con la historia de la humanidad, compañera de camino, que muchas veces es incluso trágico. A 50 años del Concilio, hoy vemos bien cómo el decreto *Ad Gentes* debe ser leído y comprendido a la luz de la *Lumen Gentium* y de la *Gaudium et Spes*, que juntas indican el contenido, el camino y la perspectiva de la misión evangelizadora. La misión de la Iglesia acompaña y se hace compañera de la humanidad, y nuestra acción debe injertarse en este proceso global y empeñarse en todo eso que es humano, para conducirlo al conocimiento y a la amistad de Dios en Cristo. Debe caminar con la humanidad hacia el Cristo glorioso, como dicen los Padres de la Iglesia.
3. **Participación de todas las Iglesias en la misión universal.** La participación de todas las Iglesias en la misión universal comprende a todas las Iglesias que están por todo el mundo. A la Iglesia, a todas las Iglesias particulares y a todos los que pertenecen a la Iglesia, les ha sido confiada la tarea de evangelizar hasta los extremos confines de la tierra. Se trata de la universalidad de la misión que Cristo ha confiado a su comunidad: universalidad de los protagonistas misioneros y universalidad de los destinatarios de la evangelización. Toda la Iglesia y todas las Iglesias particulares tienen como tarea prioritaria, absoluta, que justifica su existencia, solamente esto: ir y anunciar el Reino de Dios, manifestado en Cristo, en un contexto de comunión misionera con los pueblos del mundo.
4. **Conciencia misionera**.Esta conciencia misionera se ha vuelto a poner en marcha por la reflexión del Vaticano II y por la praxis eclesial de estos últimos 50 años: pienso en el ministerio previsor de Pablo VI (*Evangelii nuntiandi*), en el itinerante de Juan Pablo II (*Redemptoris missio*), en la reflexión teológica de Benedicto XVI (*Verbum Domini*) y ahora en la de Francisco (*Lumen fidei*). Así pues, se han reafirmado con claridad algunas verdades fundamentales:

* ***Cristo es la luz de las Gentes***. La Iglesia no brilla con luz propia, no tiene en sí misma su ser y su consistencia, sino que depende absolutamente de Cristo, que deber ser su punto de referencia constante, caminando sobre las huellas de su luz. La Iglesia es el organismo vivo a través del cual Cristo continúa su misión salvífica en nombre de su Padre, con la energía del Espíritu Santo.
* ***Esta Iglesia existe para la humanidad***. Como comunidad convocada por la Trinidad, la Iglesia es la voz doxológica de la humanidad y del universo, es el signo o sacramento de la humanidad salvada (pueblo santo de Dios, reino de sacerdotes) que debe testimoniar y proclamar la salvación de Dios (pueblo de profetas). Pero debe hacerlo a la manera de Dios, que ha enviado a su Hijo, que ha tomado carne humana de María, ha descendido a las raíces más oscuras y limitadoras de la humanidad, compartiéndolo todo, incluso el abandono de su Padre, que lo ha entregado a la muerte de cruz.
* ***Toda la Iglesia está "en salida", incluso en sus expresiones culturales y sociales, está consagrada a la misión***. Es siempre una Iglesia local, una comunidad concreta, histórica, de discípulos, que ora, que anuncia, que interpreta y, a la luz de su Señor, ilumina y se injerta en el curso de la historia de la humanidad, para estar en medio de todos los pueblos. La Iglesia local es la Iglesia universal que planta su tienda entre la gente.
* ***Esta Iglesia local es aquél pueblo escogido entre las gentes, convocada en la unidad del Padre***, ***y del Hijo y del Espíritu Santo***. El Apóstol Pablo escribía: los Romanos son llamados por Jesucristo entre las gentes, son amados y santos por vocación (*Rm* 1, 1. 5); los Corintios son santificados en Cristo Jesús, llamados también ellos a ser santos (*1* *Cor* 1, 2); los Tesalonicenses son por Él elegidos de entre las gentes (*1* *Tes* 1, 4), y en Jerusalén Dios se había escogido un pueblo entre los paganos para consagrarlo a sí (*Hch* 15, 14). A tales estupendas expresiones parece hacer eco la *Lumen Gentium* cuando escribe: «*Los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo, para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien las maravillas de quien los llamó de las tinieblas a la luz admirable* (cfr. *1* *Pe* 2, 4–10)» (LG 10), por lo que se deduce que «*se da una verdadera igualdad entre todos en lo referente a la dignidad y a la acción común de todos los fieles para la edificación del Cuerpo de Cristo*» (LG 32). Pero el escenario en el que hoy estamos llamados a edificar el Cuerpo de Cristo es ese donde de siete mil millones de personas, al menos cinco mil millones no han recibido el Evangelio, y esto hace ver qué inmenso es todavía el campo en el que debemos trabajar, custodiando en nosotros mismos la misma inquietud de Pablo, que sueña con el macedonio que grita: «*Pasa a Macedonia y ayúdanos*» (*Hch* 16, 9).

**II. Responsabilidad Misionera de las Iglesias Particulares**

**9. En la obra de evangelización existe una responsabilidad misionera de todas las Iglesias**. Todas las comunidades cristianas, como vasos comunicantes, comparten de varias formas y manera la única misión universal. Todas las Iglesias, juntas, en misión. En la actualidad ya es común la convicción de que una persona, una diócesis, una orden o una congregación religiosa no son verdaderamente auténticas si no se injertan en la estela de la *missio ad Gentes*. Y es interesante cómo esta conciencia está haciendo crecer en nuestros días un fuerte movimiento misionero: pienso en el gran impulso de los sacerdotes *Fidei donum* en nuestras Iglesias y, en particular, en este amado país, en tantas arquidiócesis y diócesis generosas, que se abren al sostenimiento de los vicariatos y en otras que envían a sus sacerdotes a los lugares donde hay necesidad (*ad intra*: 248 sacerdotes diocesanos), y otras también que los mandan al extranjero (*ad extra*:284); pienso en los numerosos institutos masculinos y femeninos que han establecido comunidades en territorios misioneros (*ad intra*) y en otros que han enviado a sus miembros a otros países (*ad extra*: 140 religiosos y 371 religiosas); pienso en los miles de laicos y laicas, así como de familias que se han casi trasplantado en lugares distintos a los propios y en los numerosos movimientos eclesiales con un fuerte empuje misionero. Escribía San Juan Pablo II, el 7 de diciembre de 1990 en la *Redemptoris missio*: «*Muchos son ya los frutos misioneros del Concilio: se han multiplicado las Iglesias locales provistas de Obispo, clero y personal apostólico propios; se va logrando una inserción más profunda de las comunidades cristianas en la vida de los pueblos; la comunión entre las Iglesias lleva a un intercambio eficaz de bienes y dones espirituales; la labor evangelizadora de los laicos está cambiando la vida eclesial; las Iglesias particulares se muestran abiertas al encuentro, al diálogo y a la colaboración con los miembros de otras Iglesias cristianas y de otras religiones. Sobre todo, se está afianzando una conciencia nueva: la misión atañe a todos los cristianos, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales*» (*RMI*, 2). A propósito de los laicos, les invito a reflexionar sobre la Carta del Papa Francisco al Card. Marc Armand Ouellet, Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina, del pasado 19 de marzo, con la que el Papa estimula a los laicos y les pide que se lancen a la misión: “*Menos clericalismo*”, es “*la hora de los laicos*”, pero, atentos, que esta “*hora*” no sea la de un reloj parado, advierte el Papa.

El Papa Benedicto XVI, con ocasión de la Visita *ad Limina* de los obispos colombianos a Roma, los animó con estas palabras: *“Conozco los esfuerzos que, tanto dentro de la Conferencia Episcopal como en sus Iglesias particulares, han llevado a cabo en los últimos años para concretar iniciativas dirigidas a promover una corriente de renovada y fecunda evangelización*”[[4]](#footnote-4); decía también: “*el anuncio del Evangelio ha dado frutos entre ustedes de abundantes vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, en la disponibilidad manifestada por la misión ad gentes, en el nacimiento de movimientos apostólicos, así como en la vitalidad pastoral de las comunidades parroquiales*”. Con estas palabras, anima a que todo fiel, toda comunidad cristiana, toda Iglesia particular sienta la responsabilidad misionera y el amor desmesurado por el servicio de evangelización. La corresponsabilidad misionera de las Iglesias se muestra real solamente si hay miembros que de una Iglesia particular van a otra para la evangelización. Sin envío, la corresponsabilidad estaría vacía de sentido, y nuestro trabajo se reduciría, en el mejor de los casos, a una sencilla recogida de fondos. No se detengan, queridos amigos. Existen en nuestro tiempo circunscripciones, también en este país, con una seria penuria de sacerdotes. Convendría, por tanto, reforzar esta conciencia de la necesidad de desarrollar la ayuda misionera *ad intra*, sobre todo en el clero, para evitar la tentación de delegar la dimensión misionera solamente a los institutos religiosos que tienen ese particular carisma. Por eso resulta muy acertado el lema elegido para nuestro Convenio: *Somos Iglesia colombiana, en salida misionera*. Por lo tanto, es más que oportuno que los sacerdotes maduren una conciencia de estar “*en salida*” y que refuercen su vida interior, crezcan en la austeridad para tal fin y eviten las posibles seducciones de una vida acomodada. Al informar al Papa de que iba a participar en este Congreso en Colombia, me dijo: “*Por favor, empuje especialmente al clero, a los religiosos y religiosas a salir de la comunidad y de las oficinas seguras, para evangelizar; que salgan, vean, que no se escondan ni se coloquen. Que las diócesis con recursos de vocaciones no se encierren en sí mismas*”.

**10. La cooperación misionera significa empeño efectivo en la evangelización**. Acabo de mencionar la Carta encíclica*Redemptoris Missio*, que a veinticinco años del Concilio se había convertido en una intérprete acreditada de algunas crisis externas e internas a la misma Iglesia, que no pocas veces habían «*debilitado el impulso misionero de la Iglesia hacia los no cristianos, lo cual es un hecho que debe preocupar a todos los creyentes en Cristo*» (RMI 2). No quiero detenerme en una crítica autolesiva y en la problemática sobre la misión evangelizadora, de la que habla el mismo documento pontificio, porque son ampliamente conocidas y muchos de sus efectos llegan hasta nuestros días. Me interesa centrar la atención en la tendencia seria que atenaza a las Iglesias particulares y las induce a encerrarse en sí mismas, preocupadas por sus propias necesidades e inmersas en los desafíos no simples de la humanidad respecto al cristianismo. La misión –se escucha repetir a menudo a los obispos preocupados– está aquí. Esta sería la llamada “*miopía misionera*”, es decir, el mirar solamente dentro de la propia parroquia, jurisdicción eclesiástica, comunidad religiosa, movimiento o grupo eclesial, perdiendo de vista la dimensión universal de la misión. La experiencia nos dice que, de esta manera, no se llega muy lejos, ya que un buen remedio para vitalizar las comunidades cristianas es justamente la *missio ad intra* y *ad extra*, que encuentra su concretización en una *Iglesia en salida*. Que no haya “*ninguna cerrazón, por tanto, por parte de las Iglesias particulares, ningún aislamiento o replegamiento egoísta en el ámbito exclusivo y limitado de los propios problemas; pues, de otra manera, el lanzamiento vital perdería su vigor, llevando, necesariamente, a un pernicioso empobrecimiento de toda la vida espiritual*”[[5]](#footnote-5).

Y, haciendo una nueva llamada al principio de la corresponsabilidad, en virtud de la pertenencia al Colegio Episcopal, como sucesores de los Apóstoles, Cristo nos ha confiado y nos confía, antes que a cualquier otro, a los obispos, el mandato común de proclamar y propagar la Buena Noticia hasta los confines de la tierra (cfr. *Hch* 1, 8, *Mt* 28, 20). Nosotros, por lo tanto, aun siendo pastores de diversas porciones del Pueblo de Dios, somos y debemos sentirnos solidariamente responsables, en unión con el Papa, del camino y del deber misionero de nuestras Iglesias; debemos, por ello, estar vivamente disponibles hacia “*aquellas partes del mundo donde la Palabra de Dios no ha sido todavía anunciada o donde, a causa del escaso número de sacerdotes, los fieles están en peligro de alejarse de la práctica de la vida cristiana, aún más, de perder la fe misma*” (*CD* 6). Por lo tanto, cada uno de nosotros, en cuanto padres y guías de Iglesias particulares, estamos llamados a crear en los fieles una mentalidad católica, es decir, abierta a las necesidades de la Iglesia universal, sensibilizando al Pueblo de Dios respecto al deber imprescindible de la cooperación en sus distintas formas; promover las oportunas iniciativas de sustento y de ayuda espiritual y material a las misiones, potenciando las estructuras ya existentes o creando nuevas; favoreciendo de manera especial las vocaciones sacerdotales y religiosas, ayudando al mismo tiempo a los seminaristas y a los presbíteros a adquirir la conciencia de la dimensión típicamente apostólica del ministerio sacerdotal (cfr. *AG* 38). Y una de las modalidades concretas de cooperación, que de alguna manera ya realizan con la corresponsabilidad de la obra de evangelización, es la de enviar sacerdotes y laicos a la misión *ad gentes* (tanto *ad extra* como *ad intra*). Respecto a la misión *ad intra*, considero útil que las diócesis, generosas en el envío de misioneros, cuiden el buen nivel –espiritual, moral y sacerdotal– de tales sacerdotes y, en la medida de lo posible, sostengan los gastos de su mantenimiento en la misión a través de una estructura de apoyo. Así se evitaría que el misionero represente, de hecho, un peso económico, algo que la circunscripción que quisiera acogerlo no siempre está en condiciones de costear. La alegría, el entusiasmo por la misión debe ser una realidad contagiosa, tanto para el continente americano, del que Colombia hace parte, como para todo el mundo.

**11. Evangelizar siempre**.La Iglesia existe para evangelizar y, por tanto, es misionera por naturaleza (*AG* 2). En la medida en que vive con coherencia tal conciencia, se manifiesta siempre fecunda y joven. Hoy, más que nunca, hay necesidad y urgencia de evangelizar, porque el anuncio del Evangelio es siempre una buena noticia que lleva la salvación a todos los hombres y tiende a crear paz y respeto entre las personas y los pueblos. En consecuencia, habría que insistir para que, también en este país, se manifieste cada vez más la huella misionera de la programación eclesial y en el ámbito pastoral: de la pastoral familiar a la juvenil, de la catequética a la vocacional. Evangelizar, en resumen, es un acto de amor y está en relación con el amor que yo tengo por mi fe y por la Iglesia. Es infundir siempre una nueva fuente de luz y de vida a la humanidad. Es una actividad que ilumina toda la existencia del hombre. A quien ha vivido y vive en medio de situaciones dramáticas de la humanidad, le es a veces difícil creer, de todo corazón y totalmente convencido, que Dios ame verdaderamente a esta humanidad. El escenario que más a menudo hace de telón de fondo y en el que se da la actividad evangelizadora es el de quien vive en el sufrimiento más atroz. El apóstol que se encuentra en las fronteras asiste al sufrimiento de una multitud de personas, y, entre ellas, de las clases más débiles de la sociedad, niños y mujeres, que mueren de hambre, de sed, por la violencia, las enfermedades. Hierve de indignación ante el espectáculo de campos de refugiados, donde se encuentran amontonadas personas que han huido de situaciones de guerra. No soporta el drama de las violencias, de los genocidios, de la masa de desheredados, de gente en fuga sin certeza de sobrevivir. Todo esto crea una rabia interior contra las injusticias, la corrupción de los poderosos, la prepotencia de los poderes fuertes que dominan la vida de los seres humanos. Hace que sea impaciente y, como la piedad le puede, invoca todos los medios posibles para derrotar los poderes que causan tanto sufrimiento. Su fe se pone a prueba, y se pregunta si esta es la manera en la que Dios manifiesta verdaderamente su amor por esta humanidad.

Quien trabaja en los confines antropológicos de la humanidad a menudo sufre la tentación de perder la percepción de la presencia concreta de Dios, de su acción en el mundo, y se pregunta: «¿Por qué, Señor, permites todo esto, si es verdad que tú existes y amas al ser humano que tú has creado a tu imagen? El riesgo es que se vaya deslizando hacia una incredulidad secularizada, y la misión se convierta en una actividad simplemente humana y no en una *missio Dei*.

**12. Anunciar el Evangelio a las gentes** es también juicio crítico sobre las transformaciones mundiales que están cambiando cualitativamente la cultura de la humanidad. La Iglesia, presente y activa en las fronteras geográficas y antropológicas de la humanidad, es portadora de un mensaje que cala en la historia, donde proclama valores inalienables de la persona, con el anuncio y el testimonio del designio salvífico de Dios, hecho visible y operante en Cristo. La predicación del Evangelio es la llamada a la libertad de los hijos de Dios para la construcción de una sociedad justa y solidaria. Quien participa en la misión de Cristo, se encuentra inevitablemente en la tribulación, en la contradicción y en el sufrimiento, porque se enfrenta con las resistencias de los poderes fuertes de este mundo, mientras sus armas son la pobreza de Cristo y la debilidad de la cruz. La misión *ad Gentes,* en su doble identidad, *ad intra* y *ad extra*, requiere que la Iglesia y los misioneros acepten con humildad los instrumentos del propio ministerio: la pobreza evangélica, que confiere la libertad de predicar con valentía y franqueza; la no violencia, por la cual todo lo sufren en nombre del Evangelio; la disponibilidad de dar la propia vida por el nombre de Cristo y por amor de los hombres.

**\* \* \***

**Casi a modo de conclusión,** apreciando enormemente la solicitud de los Obispos de Colombia respecto a las Iglesias misioneras del País, para cuyo fin han creado “*Fundacomisio*”, la fundación encargada de promover la solidaridad hacia los Vicariatos y de ayudar a hacer frente a sus necesidades, me pregunto si Colombia tiene una misión especial, no solamente en el contexto de América misma, además de la *missio ad Gentes* y hacia un mundo secularizado y multicultural. ¿Podemos pensar que las enormes potencialidades que tienen este continente y este país se agoten solo en un ámbito regional y no estén en grado de influir profundamente en un mundo sin Cristo o secularizado y multicultural, donde las numerosas ideologías postcomunistas, secularistas, elitistas y bien equipadas parece que no quieren dejar ningún espacio a Cristo y a su Evangelio?

He iniciado mi discurso recurriendo al Evangelio de Marcos (6,30-34), donde se habla del sentido misionero de los Apóstoles, que cuentan a Jesús su experiencia de misión. Deseo concluir con una referencia al Libro del Apocalipsis (3,20): «*Mira que estoy a la puerta y llamo*» (*Ap* 3, 20). Surge una pregunta: Pero tú, Señor, ¿quieres entrar o salir? Esa es la interrogación. En la perspectiva misionera, evidentemente, Jesús quiere salir. Es decir, quiere abrir la puerta y salir al mundo. Quien lo ha conocido y lo ha acogido, sabe que quiere salir, mientras susurra: «*También tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a esas las tengo que conducir*» (*Jn* 10, 16). La Iglesia de este país, por lo tanto, puede dar y hacer más, porque también aquí, donde existen tantas pobrezas, y la esperanza tiene todavía un papel y un vigor, ¡nadie es tan pobre que no pueda compartir al menos la propia fe! ¡Ánimo, Colombia! Puedes dar y hacer más, por eso pido a los discípulos misioneros de Jesús, que son tantos, que se presenten y se den a conocer. ¡Ánimo, Iglesia de Colombia, «*comparte tu fe*» y sé una Iglesia misionera «*en salida*»!

Gracias a todos ustedes, obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos que, a costa de inimaginables fatigas y sacrificios, desgastan sus mejores energías, su vida, en primera línea, pero también en la retaguardia, para que el anuncio de la salvación sea propagado hasta los confines del mundo, de modo que el nombre de Cristo Redentor sea conocido y glorificado por todos. Que María, Madre de la Iglesia, en su advocación de Nuestra Señora del Rosario de Quinquinquirá, patrona de Colombia, y Santa Laura Montoya –la santa colombiana que promovió el primer Congreso Misionero Nacional en este hermoso país, y cuyas reliquias están presentes entre nosotros–, junto con San Pedro Claver y San Luis Bertrán, que también ofrecieron su conmovedor e inspirador testimonio de vida en Colombia, los acompañen con su protección.

1. Discurso al primer grupo de obispos, viernes, 22 de junio de 2012. [↑](#footnote-ref-1)
2. Discurso al segundo grupo de obispos, lunes, 10 de septiembre de 2012. [↑](#footnote-ref-2)
3. *LG* 16, cfr. Eusebio de Cesarea Praeparatio Evangelica, 1, 1: PG 21, 28 AB. [↑](#footnote-ref-3)
4. Discurso al primer grupo de obispos, viernes, 22 de junio de 2012. [↑](#footnote-ref-4)
5. Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones, 30 de mayo de* 1982. [↑](#footnote-ref-5)